

MANUEL VICENT

PAPA, COMPRAME UN PICASSO

LAS galerías de arte ya no renuevan la moqueta cada año. Algunas ni siquiera reponen el foco que se ha fundido ni se molestan en sacar brillo con sidol al rótulo metálico. Muchas han cerrado, se han convertido en Bancos o carbonerías. Se acabó la fiesta. Una blanca y algo polvoriento soledad preside la exhibición del trabajo de los pintores. Ahora, en las galerías de arte entran barbudos solitarios, alguna reata mañanera de colegiales con bolígrafo o algún despistado de provincias, que no se ha enterado de la crisis, capaz de consultar incluso la lista de precios por un tímido compromiso de quedar bien.

El espectáculo fascinante de las salas de subasta repletas de caballeros con loden y escopeta pujando en un ritual de montería o de tiro al plato, que disparaban sobre un Sorolla como si se tratara de un conejo, la jauría de damas con visión que llegaba en plan perdiguero hasta la tarima del rematador para rescatar la pieza cobrada por su marido, la cacería de porcelanas, cuadros, muebles, cornucopias, ha terminado. En las galerías de arte tampoco se ven las míticas parejas de sábado tarde enfurecidas por el maldito color del tresillo que no entonaba con el verde paisaje que iba a comprar, se han esfumado los ejecutivos que traían la especulación metida entre ceja y ceja. Se han llevado al mono y se acabó el circo. El arte sólo lo compran ahora los tiradores furtivos con un espíritu de economía de guerra, como si la trinchera pasara por Cibeles o Las Ramblas.

De momento, la crisis nos ha ahorrado la necesidad de contemplar a un artista montado en un Dodge, la ordinariez de un pintor que te saludaba con una cigala en la mano, la exuberancia de las papadas recién formadas por un remolino de grasa y de riqueza. Hasta el otro día, un metro cuadrado de paisaje de se-

cano sobre tela se vendía al precio de dos hectáreas de regadío. Todos los pintores eran como Gauguin antes de la conversión. Iban con sombrero de copa montados en un landó de agentes de Bolsa, rodeados de febriles coleccionistas en dirección a la tómbola, agitando el talonario abierto. Pero en el ambiente artístico ha penetrado finalmente la convicción de que el festival de compraventa, el cambio loco de cualquier clase de pintura por billetes de Banco ya no tiene sentido, y los artistas se quedaron a solas frente al caballete mirando los tejados por la ventana. La conciencia de una próxima miseria se apoderó de la inspiración.

Le he dicho al pintor José Hernández que en el fondo de la pobreza venidera siempre se encontrará con algún tabernero poeta o con algún tendero sensible que se avenga a cambiar una botella de vino o un chorizo por un dibujo. Es una salida que no tendrán nunca los escritores, porque no se conoce a ningún abarrotero que haya dado jamás una lata de sardinas por un soneto. La mitológica posada de Pont-Aven, cuyo propietario ofrecía pensión y comida a los impresio-

nistas malditos a cambio de obra puede saltar ahora en cualquier ventorrillo de provincias. Allí acudió cierta vez el antiguo millonario llamado Gauguin, empobrecido por su pasión por la pintura. Las tabernas de Alfredo Alcáin, con un menú de 50 pesetas escrito con tiza en la vitrina, volverán a ser refugio del principio fundamental del arte por el arte, esto es, yo le doy a usted un paisaje con figura y usted me pone en la mesa con mantel de hule un plato de judías y un par de huevos fritos. Trato hecho. La buhardilla de Picasso calentada por una salamandra que se tragaba a centenares los dibujos de la época azul está a punto de humear de nuevo con los bocetos, apuntes, telas e ilusiones de los artistas que serán testigos de la sensibilidad del segundo milenio y que el Ministerio de Cultura tampoco comprará a tiempo.

En el fondo de esta crisis, el Ministerio de Cultura se dedica a adquirir cuadros y grabados a precios astronómicos de aquel joven Picasso aterido de frío. El Estado español actúa como un coleccionista advenedizo al que alguien ha soplado al oído la necesidad de ponerse rápidamente al

día. Y ahora ha tenido que pagar en oro lo que a su debido tiempo pudo encontrar a patadas. Para que nuestros museos oficiales estuvieran rebosantes de pintura de Picasso. Juan Gris, Miró y Dalí, entonces sólo se requería ser un poco fino y medianamente culto, algo muy barato en sí. Ahora, tarde y mal, hay que acudir al extranjero, pasar por el aro de los marchantes para comprar un botón de muestra y pagarlo como un pardillo. Ahí está la foto del ministro Clavero con las manos plegadas con respeto sobre el bajo vientre y la cara de susto junto al bodegón *Las anguilas de mar*, pintado por Picasso en 1940. La obra del artista aparece rodeada por el alborozo infantil y reverencial de los prebostes del Patrimonio Artístico, formando un cuadro patético de la ineptia, ignorancia y desprecio de cuatro décadas de incultura.

La cara de susto que pone el ministro, con toda seguridad, no obedece a la cifra de millones desembolsados. Más bien es la expresión de un señor que no comprende nada, que está ahí con la actitud solemne del que preside el catafalco de un muerto importante y que no acaba de creer que eso no lo pinta un niño de



El ministro de Cultura, Manuel Clavero Arévalo, junto al bodegón "Las anguilas de mar", pintado por Picasso en 1940, que acaba de comprar su Ministerio.

El Siglo XXI es un club de los tiempos del franquismo que ha sabido vestirse con éxito el ropaje de la democracia. Sus cocineros, por el contrario, han fracasado al intentar vestir el cerdo de ternera. La cena no vale lo que cuesta.

CINCO HORAS CON MUGICA

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

cinco años. No dudo de que la política de recuperar a golpe de cheque, como los tejanos, los valores incomprensidos o despreciados por nuestra cultura oficial, las lágrimas de cocodrilo por el Guernica, la compra reciente del cuadro de Genovés sobre la amnistía, responde a un deseo de ser muy moderno y sensible con el arte de vanguardia, de aparecer como un revolucionario de salón cuando ya ha pasado el peligro o se dispara sobre conejo parado. Pero no se puede evitar un sentimiento de ridículo cuando se contempla esa falsa alegría de coleccionista bien aconsejado que ha acertado sin comprender.

Muy bien, disfruten ustedes con su Picasso como niños con zapatos nuevos. Compren más, muchos más, cincuenta, doscientos, tres mil. Pongan parches, remienden los descosidos y déjense retratar por los reporteros. Pero el Ministerio del ramo no debe olvidar una cosa. Dentro de poco habrá en España otros pintores calentando la salamandra del estudio con dibujos de su época azul; otros artistas cambiarán un lienzo por un kilo de embutido, una escultura por una botella de vino. Ahora, los compradores de cuadros han huido, las galerías de arte han sido abandonadas a los barbudos sensibles, a los degustadores sin un duro y a los colegas con bolígrafo. La moda de la inversión pasó. Sólo quedan los coleccionistas furtivos con ojos de lince que en secreto se hacen con las últimas piezas con un espíritu de economía de guerra. Se acabó la fiesta social del tiro al plato. En este negocio ya sólo están cuatro listos.

Supongo que el Estado tendrá algo que hacer en este momento si no quiere pagar dentro de otros cuarenta años un fardo de millones, como un imbécil, por lo que ahora puede impulsar, tomar gratuitamente y llenar los sótanos de los museos. A Gaudin un día le subastaron un cuadro exhibido al público boca abajo y el rematador gritó entre risotadas que aquello eran las cataratas del Niágara. Alguien se lo llevó por dos francos. A uno le gustaría que este señor hubiera sido nuestro ministro de Cultura. Para no tener que contemplar ahora al señor Clavero fotografiado junto a un Picasso con la cara de pasmo, como si estuviera presenciando el pesaje de un salmón de doscientos kilos. ■

EN la fría tarde madrileña del jueves 10, el socialista Enrique Múgica hablaba de "Un alto ejemplo de convivencia: Indalecio Prieto". El salón salmón del Club estaba lleno de gente y de cuernos (de los venados que acaso cazara su presidente el coronel malagueño Antonio Guerrero Burgos, duque de Cardona). No estaba aquella tarde allí el llamado "todo Madrid" de la política y el periodismo, pero sí una parte: Martín Villa, Oliart, alguno de los infinitos hermanos Solana (los "solanáceos", como los "bustelidos" son ellos solos un grupo de presión), Carmela García Moreno (que está, como Dios, en todas partes), Clemente Auger (jefe de los sucesos de Embajadores), Alvarez de Miranda, Joaquín Leguina, Helga Soto, Amancio Cabrera, Pedro López Jiménez, "Cándido", Carlos Iglesias Selgas, José Medina, Encarnita Polo, Chumy Chúmez, Pedro J. Ramírez, Pérez Varela, Prieto (el general de la Guardia Civil), etc. Amén de los inevitables María Cuadra y el viejo cenador (que no senador) señor Gavilanes.

Presenta al conferenciante Antonio Garrigues (padre), vicepresidente del Club. Dice que Múgica, por vivir cerca de la frontera francesa, accedió pronto a Proust "cuyos libros lee él tanto como su mujer" (o sea, la mujer de Múgica, que ya dijo el padre Peyton que el matrimonio que lee a Proust unido permanece unido). Después Antonio Garrigues (padre) tiene un lapsus y hace a Prieto comunista en lugar de al joven Múgica.

Múgica se parece a Prieto por su socialismo, por su tonelaje y por su bilbainismo. En la oratoria se parecen menos, porque Múgica lee.

Más que hablar en favor de Prieto, Múgica habla en contra de Carrillo. Están cercanas las agrias disputas del Estatuto de los Trabajadores y —por eso y por afición— el socialista contrapone una vez y otra al PSOE y al PCE. Y allí la "hondura obrera española frente al torvo burocratismo moscovita". Allí, la ecuación socialismo-libertad, frente a la "vocación de autoritarismo". Allí, los ataques a la Junta Democrática (¡qué lejos queda todo!). Mientras los comunistas formaban la llamada Junta Democrática para atraer a "ingenuos, oportunistas y ambiciosos", estaban los socialistas "mirando al mar junto al Jaizquibel" preparando la Plataforma de Convergencia Democrática. Hablaban "los andantes caballeros de la Junta Democrática" de una alternativa frontal al régimen. Los socialistas, "más modestamente pero con más sentido de la realidad", querían en cambio conquistar "parcelas de libertad", trataban "de poner el listón cada vez más alto"... Y así todo.

El 15 de junio de 1977 "el ejemplar discernimiento de los trabajadores españoles" dio al PSOE casi el

treinta por ciento de los votos y lo hizo "alternativa de poder". No pudo serlo el 1 de marzo de 1979 —según Múgica— por el desgaste que supuso la consolidación de la democracia en España a la que tanto contribuyó el partido socialista, por el apoyo que empresarios y ucedeos prestaron al PCE frente al PSOE y por "las propias insuficiencias del Partido Socialista", hijas del programa radical del XXVII Congreso y corregidas luego en el Congreso Extraordinario de septiembre de 1979, tras la ejemplar renuncia "ética" de Felipe González en el XXVIII Congreso.



La conclusión de todo esto la dio Múgica al principio:

—Y no es menos cierto que el Partido Socialista va a gobernar, aunque eso no esté en las profecías de San Malaquías.

Al fin habló de Prieto, pero poco. Lo suficiente para atacar al sector crítico del PSOE, al recordar que Prieto pudo haber evitado la guerra civil si "la animosidad" de un sector de su partido no le hubiese impedido ocupar la jefatura del Gobierno tras el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936.

Moraleja:

—Que los españoles nos apeemos de tentaciones de absoluto.

Ahora, hoy, el PSOE es como Prieto: "Socialista a fuer de liberal". Y no como otros. Por ejemplo: esos nacionalistas vascos que ocupan el Ayuntamiento de Bilbao, herederos del integrista Sabino Arana Goiri, heredero a su vez de aquellos carlistas a los que venció el general Espartero cuando cruzó gloriosamente el puente de Luchana... Y entonces aplaudió el personal allí congregado. Y comentaba por lo bajo Auger:

—O sea, que el Club Siglo XXI es esparterista, ¡tiene cojones!

(Seguramente no aplaudieron a Espartero, sino al caballo. Y es que tenemos una historia muy ecuestre. Tanto, que hasta el ilustre general Pavía le colocaron un équido en la entrepierna, a pesar de que en tan señalada ocasión el buen señor iba a pie.)

Múgica remató su faena con ataques a Sudrez. Pero esos ya gustaron menos.

Y luego vino la cena y el premioso coloquio. La pregunta más intencionada fue de Martín Villa, quien afirmó que no elogiaba mucho a Múgica para "no perjudicarlo". El "ex", que dice que va a volver de vicepresidente, preguntó más o menos:

—Estas tomas de postura frente al PCE ¿significan que no habrá conjunción entre socialistas y comunistas para el Gobierno catalán?

Múgica —ya en la madrugada del viernes— se salió por la tangente, remitiéndonos a no sé qué organismos federales del partido. ■ Foto: RAMON RODRIGUEZ.